

Georges Baudot, *Pervivencia del mundo azteca en el México virreinal*, pról. Miguel León-Portilla, México, UNAM (Coordinación de Humanidades) 2004, 394, p.

*Pervivencia del mundo azteca en el México virreinal* es el título del volumen póstumo del filólogo francés Georges Baudot.

Fue Baudot un enamorado de México, de sus culturas ancestrales, de sus diversas lenguas indígenas. Su licenciatura en Letras Hispánicas por la Universidad de Toulouse lo llevó a adentrarse en la literatura de un idioma que desde pequeño cultivó como el propio, debido a su estancia en España durante su niñez y primera juventud; el estudio de los clásicos españoles lo hizo derivar hasta el de las crónicas novohispanas realizadas en América, las cuales ejercieron en él una

especial fascinación. Objeto de estudio permanente fueron los beneméritos franciscanos quienes se habían referido en forma novelada a las gestas entabladas entre amerindios antes del Encuentro, y entre amerindios y españoles después de la desconcertante irrupción de estos últimos a territorios insospechados de las Indias Occidentales. Conoció igualmente los esfuerzos que los frailes menores, como se suelen llamar a los padres de la Orden franciscana por quienes Georges Baudot mostró una clara predilección, tuvieron en convertir a los naturales; reconstruyó con maestría la historia de las primeras décadas de la Colonia e identificó diversas estrategias lingüísticas empleadas en los textos sagrados del Cristianismo que los religiosos tradujeron en su tarea pastoral a fin de enseñarlos a sus nuevos feligreses.

Pero también Baudot, se interesó en la expresión literaria indígena que los frailes y otros escribanos apresaron por medio del alfabeto latino, herencia inmemorial que debemos a los etruscos. Una larga tradición oral apoyada en prácticas memorísticas ejercitada en el *calmécac* y plasmada en sus códices fue reescrita después de la Conquista con caracteres europeos. Lo anterior hizo que la palabra trascendiera, que la voz náhuatl a la que Baudot prestó especial atención, propia del vasto imperio azteca llegara hasta nosotros, perviviera.

Pues bien, el libro que hoy se comenta aquí, compendio de 17 trabajos dados a conocer en diferentes publicaciones y foros de México y del extranjero, es muestra palpable del interés de quien fuera en vida distinguido catedrático de la Universidad de Toulouse, por los más variados aspectos de ese mundo indígena que lo cautivó. Está dividido en dos partes que representan igualmente, como se ha dicho ya, dos grandes momentos de la historia de México a los que especialmente se dedicó. La primera y más extensa aborda diversos tópicos relacionados con el valor de la palabra náhuatl como instrumento de conocimiento y expresión; el segundo apartado que integra el volumen, es más breve y parte del reconocimiento entre seres de dos grandes pero muy diferentes culturas y de la compleja relación de alteridad que desde ese Encuentro, violento y desgarrador, se generó.

La búsqueda del origen del conocimiento a través de la palabra a la que se hace especial alusión en los capítulos iniciales, que será uno de los soportes teóricos en que descansa el concepto de la filosofía náhuatl acuñado por Miguel León-Portilla, se remonta a la creación misma del hombre. Las primeras páginas de *Pervivencia del mundo azteca en el México virreinal* están dedicadas a Quetzalcóatl, la “Serpiente Emplumada”, honrado por los mayas bajo el nombre de Kukulcán.

Quetzalcóatl viajó al Mictlan para buscar los huesos divinos con los cuales crearía al género humano; a través de un autosacrificio, este

mítico personaje dio vida al hombre; a él se atribuyen, también, las artes y las ciencias, la oratoria y el desciframiento de códices; el saber entero. Ese rico concepto cultural conocido como la *Toltecáyotl*, según explica Baudot en otro trabajo, se conjugará más tarde con la *Mexicáyotl* que cobrará toda su dimensión con el gobierno de Tlacaélel.

Después de un largo y penoso peregrinar de más de un siglo, el pueblo elegido por Huitzilopochtli procedente de Aztlan, se instaló en aquella ciudad creada en medio de la laguna sobre un archipiélago de islotes artificiales. El acendrado etnocentrismo de los guerreros aztecas, al que frecuentemente alude Baudot en el tercer capítulo de su libro, quedó patente en la recomendaciones giradas por su líder Tlacaélel respecto a la restringida procedencia de las víctimas inmoladas a los dioses, que se circunscribía sólo a determinadas comunidades nahuas. Así el honor de participar en esta misión cósmica podía ser conferido, según la idea de *Mexicáyotl*, únicamente a miembros de su mismo origen.

La *Toltecáyotl* debida a Quetzalcóatl, se afianza en una impresionante zona urbana. Desde México-Tenochtitlan se detenta la supremacía de un pueblo que posee una elevada cultura; esta ciudad de “libros y pinturas” como la describió Nezahualcóyotl, ejerció una gran fascinación en los conquistadores; baste señalar aquí la comparación que de la majestuosa metrópoli mexicana hicieron Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo con las ciudades más hermosas de España y Europa.

El cultivo de la palabra representó una práctica habitual entre los nahuas; en los centros de enseñanza y en la *cuicacalli*, donde se formaban los creadores, explica Georges Baudot, se ejerció la destreza memorística cuyo objetivo fue la retención de la sabiduría ancestral. La palabra representó el medio para apresar la realidad, la forma en que se traducían las experiencias; a través de ella, como sostuvo Miguel León-Portilla desde la década de los cincuenta del siglo pasado, los antiguos mexicanos se formularon como lo hicieron también hombre de otras latitudes, las más profundas reflexiones; a través de ella el hombre de Anáhuac se planteó las más apremiantes preguntas; con ella construyó un pensamiento cosmológico de perfiles racionales sólidamente edificado. Las interrogantes respecto al albedrío humano, ceñido siempre a una inexorable predestinación; el efímero tránsito por la vida y un saber organizado respecto a las fuerzas sobrenaturales que rigen al hombre, concebidas en toda su diversidad en el panteón azteca son para Miguel León-Portilla, una clara manifestación del hondo pensar mexicana. Igualmente lo es la poesía lírica, mediante la cual el hombre indígena profirió diferentes formulaciones. León-

Portilla, a quien Baudot dedica un capítulo de su libro, se pregunta: “¿Cuál podía, entonces, ser la única “verdad” asequible, el único camino hacia el conocimiento metafísico? ¿No podía, acaso, ser la poesía esa vía luminosa, porque con su apaciguadora reflexión sobre el poder de las palabras y sobre la densidad del discurso maduro y granado, revelaba, los orígenes del mundo y el principio de poderlo enunciar?”

Diversos han sido los géneros poéticos cultivados por los antiguos mexicanos que han llegado hasta nosotros, que han pervivido. Los *teocuícatl*, dedicados a los dioses; los *melahuacuícatl*, especie de sagas u “odas nacionales”; los cantos de orfandad o de exilio conocidos como *icnocuícatl*, así como los *xochicuícatl*, que expresan hondas preocupaciones existenciales, son explicados a detalle en el capítulo 4 por Baudot.

En la *cuicacalli* “la casa del canto”, el *tlapizcatzin* enseñaba a sus pupilos una rica tradición oral y su parcial fijación en los códices, en aquellos lienzos policromos a los que en reducido número tenemos acceso en la actualidad.

También desarrollaron una literatura histórica que revistió una forma oral la cual quedó, en ocasiones, consignada igualmente en sus representaciones pictográficas. A raíz del contacto con los españoles, algunas láminas incorporaron glosas en español y en náhuatl a fin de transmitir el mensaje con mayor precisión. Dos códigos diversos convivieron durante la Colonia resultado de la interacción de dos diferentes culturas, como convivieron la lengua de los conquistadores, que no logró imponerse en el periodo novohispano, con los numerosos idiomas vernáculos procedentes de distintos troncos lingüísticos. De éstos fue el náhuatl, propio del pueblo soberano extendido por un vasto territorio, el que eligieron los frailes para llevar a cabo su tarea de conversión.

Abre la segunda parte de este volumen, el capítulo “Nahuas y españoles: dioses, demonios y niños”. En él se expone la compleja relación de alteridad sostenida entre los del viejo y nuevo mundos, el asombro al que siguió el intento de reconocimiento y el proceso de reajuste en los inicios de la sociedad novohispana.

Lugar preponderante en la comprensión de ese “otro” ocupan, como atinadamente destaca Georges Baudot, las obras doctrinal y antropológica de fray Bernardino de Sahagún. Entre las primeras, los *Coloquios* de los Doce trasladan el desgarrador sentir de los *tlamatinimeh* (sabios) al exponer ante los españoles lo que representaba la sustitución de sus creencias ancestrales por esa cosmovisión ajena que se les pretendía imponer. Por otra parte, el libro 12 de la *Histo-*

*ria general de las cosas de Nueva España* contiene, asimismo, valiosos testimonios respecto a la serie de portentos que precedió a la violenta irrupción española, así como la mirada de los vencidos ante lo irremediable.

Destaca el autor de este libro de diversas pero complementarias aristas sobre el universo indígena, la loable tarea realizada por los misioneros lingüistas de sujetar aquellos idiomas “peregrinos” mediante artes e inventarios lexicográficos. Ya Robert Ricard ha dado puntual cuenta de esta intensa actividad lingüística a la que se sumó la compleja tarea de traducción de textos sagrados a las más diversas lenguas nativas.

La palabra náhuatl, bellamente cultivada por Nezahualcóyotl pervivió no sólo en el México colonial. Hoy esa palabra expresada por el sabio poeta tezcocano, al que Georges Baudot dedica tres capítulos del volumen, perdura. Heredero de una importante tradición poética, Nezahualcóyotl inició su quehacer en este ámbito a corta edad. El exilio al que se vio sometido, después de presenciar la violenta muerte de su padre hace que el joven, educado esmeradamente en el *calmécac*, se pregunte acerca de los grandes misterios de la vida. Más tarde el rey tezcocano se cuestionó sobre la elaboración poética, sobre el origen de la inspiración. Al respecto comenta Georges Baudot:

Nezahualcóyotl se da cuenta de que la palabra poética en sí misma contiene probablemente el supremo secreto: con su palabra, el hombre puede acercarse a Tloque Nahuaque: a la cercanía de todas las cosas, al universo, puede rescatar migajas de la sustancia divina y puede participar en algo propio de la divinidad: crear. La palabra del hombre es creadora, es el verbo hecho carne, pero al mismo tiempo es palabra que permite ir más allá de la muerte. (p. 116)

Afortunadamente la palabra náhuatl trascendió la etapa que siguió a la Conquista y llegó hasta nosotros; además de su empleo cotidiano en numerosos estados de la República Mexicana por alrededor de 2 millones de usuarios, desde hace tres décadas viene experimentándose un peculiar movimiento literario que intenta rescatar el valor expresivo no sólo del idioma de los aztecas sino de 60 más que continúan vigentes. Diversos géneros, como sucedió en la antigüedad, son cultivados por escritores que tienen como lengua nativa el náhuatl y también, según queda de manifiesto en el espléndido volumen de Georges Baudot, un rico legado literario.